

## EL VALOR DE FRANCIA

Las derechas españolas habían señalado en términos bien concretos el concepto que les merecía la nación francesa. Cuando se referían a la cultura, Francia significaba la superficialidad, el dandysmo, la incongruencia. Cuando se referían a la organización social, Francia simbolizaba el desorden, la anarquía, el malthusianismo, la crisis de la religión; de la familia y de la propiedad. Cuando se referían a su ejército, Francia representaba la indisciplina, el desamor a la Patria, la desertión a los deberes que impone la bandera. La culpable de tan doloroso estado de cosas era, naturalmente, la forma de gobierno, la República. Y más que la República, la obra laica, socialista, liberal, realizada por la República.

Así, en esta extraña relación cordial, vivía una parte de España con respecto a Francia. No importaba el saber que la cultura española, poca o mucha, era ad-

quirida en su mayor parte por libros franceses, originales o traducidos. No importaba el saber que una cantidad respetable del capital español, temeroso de emplearse en empresas nacionales, obtenía buenos rendimientos empleado en empresas francesas. No importaba el saber que millones de obreros españoles, cuando no hallaban en su patria—conservadora, católica, monárquica—trabajo para sus manos, traspasaban la frontera y en Francia, en la Francia liberal, laica y republicana, encontraban buen trabajo y buen salario. No importaba todo esto. Francia era, en su concepto, una nación decadente, corrompida, anárquica.

Cuando, en los primeros días de la guerra, Francia sintió el miedo de ver en París las tropas alemanas, y su ejército, asombrado por aquel empuje de los soldados germanos, rompió las líneas defensivas, las derechas españolas confirmaron su opinión. Francia estaba perdida, estaba condenada. Había roto el freno de las almas: había abandonado la defensa nacional. Había mutilado al hombre en la escuela y lo había acabado de pervertir en

el cuartel, concediéndole esta disciplina activa que era la más escandalosa de las indisciplinas. ¿Cómo responderá la República de sus faltas, de sus pecados, cuando termine la guerra? Esta era la pregunta que, como lógica consecuencia de todas estas afirmaciones, se hacían las derechas españolas.

¿Cómo responderá? Primero, signifiquemos bien la posición actual de Francia. Aquellos soldados alemanes que llegaron a las puertas de París han ido retrocediendo, repasando kilómetros, empujados por los soldados franceses. El ejército de Francia, nutrido por todas las clases sociales, por los más ricos y los más pobres—no como sucedió en Cuba, donde sólo fueron los pobres, y como sucede ahora en Marruecos—conserva sus posiciones, sin que se registre en sus líneas una insubordinación, una rebeldía, un grito. Gustavo Hervé, el más recio antimilitarista, aboga por la lucha. Anatole France, el más duro enemigo de la guerra, pide, como pidió un día Victor Hugo, un uniforme y un fusil. Los diputados socialistas, eternos invocadores de la paz, aceptan en el Gobierno

nacional que pregona la necesidad de la guerra, dos carteras de ministro.

Para los que conocían la cultura y el alma de Francia, no ha sido esto nuevo. Para los que sabían como la República se había cuidado de la defensa nacional, no ha constituido una sorpresa esta resistencia heroica, este avance disciplinado, este entusiasmo de sus soldados. Ibáñez Marín, el teniente coronel que murió en Melilla, en una época en que se discutía como ahora la potencia militar de Francia, publicó sobre ello un estudio detenido, documentado. El estudio está inserto en el número VI de la revista «Ateneo» correspondiente al año 1906. Se titula «La situación militar en Francia en 1906», y son suyos los párrafos siguientes: «Timbre para la Francia republicana es y será el haber dotado a sus instituciones armadas, de elementos materiales incesantemente perfeccionados y dados sin tasa en la cantidad.» «En cifras redondas, durante los treinta y cinco años que lleva de vida la tercera República, se ha invertido en el ejército la suma fabulosa, expresada en conjunto, de veinticuatro mil millones

de francos. De ese total de millones, tres mil seiscientos veintidós se han consagrado a reconstruir el material de guerra y los aprovisionamientos de reserva, para dar a las fronteras terrestres una fuerza y un vuelo que no alcanzaban desde los días de Vaubau. El material de campaña, sin contar las municiones, ha consumido mil ciento setenta millones, y en la construcción y armamento de las plazas, excepción hecha también de las municiones, se han invertido novecientos ochenta y seis millones de francos.» «Los cuatro programas de 1874, 1888, 1891 y 1900, rebosan interés por la conclusión de los trazados fronterizos, y si se cotejan con los trabajos hechos durante todo el siglo XIX, representan un esfuerzo gigantesco; lo invertido en útiles y herramientas de parques, en telegrafía y en aerostación, en caminos de hierro y en cuanto con el servicio de Sanidad se refiere, es igualmente extraordinario. Para atender a la instrucción de tropa y oficiales, de manera intensiva e ininterrumpida, se han hecho esfuerzos plausibles y fructíferos. Sólo en el presupuesto de 1900, se consignaron

50 millones de francos para adquisición de campos de maniobra y de tiro. A la República corresponde también el honor de haber organizado metódica y racionalmente, el servicio geográfico por cuyo abandono tantos y tan justificados errores se sucedieron en la hecatombe de 1870-71.»

Mucho más dice Ibáñez Marín. ¿Para qué copiarlo? El espíritu general es éste. La República cuidó de su defensa. La República educó al soldado: le dió seguridades para luchar y para vencer; le dió a conocer los planos geográficos de los países en donde probablemente habría de combatir. ¿Quién no recuerda en este momento el barranco del Lobo, donde nuestros soldados, desconocedores del terreno que pisaban, ignorantes de la geografía del país donde combatían, fueron muertos impunemente por los moros?

Las derechas españolas, ciegas ante el espectáculo de heroicidad y de disciplina que ofrecen las tropas francesas, aún siguen preguntando qué hará la República cuando termine la guerra. ¿Qué hará? Supongamos que Francia hubiese abandonado su defensa, lo que ya hemos visto y

vemos que no ha sucedido. Pero, supongámoslo. La incultura de Francia no podemos suponerla porque la niegan los libros que recibimos, las estadísticas, los presupuestos de Instrucción. La miseria de Francia no podemos suponerla tampoco porque a Francia van nuestros capitales y nuestros obreros. Francia es culta, es rica. Si por el hecho de haber quedado indefensa, que no ha quedado, la República hubiera de abandonar el poder, ¿qué responsabilidades no habrían de exigirse a la monarquía española que ha dejado España indefensa, sin ejército y sin Marina, y que además tiene millares de pueblos sin escuelas, millares de hectáreas de tierra sin cultivar, millares de ciudadanos analfabetos, millares de españoles en la emigración, desolados, desarraigados; millares de españoles en la patria, con los brazos cruzados, sin trabajo, sin esperanza de trabajo, sin pan, sin esperanza de poder adquirir honradamente el pan que necesitan para vivir?

## VENIZELOS

Venizelos, el político griego, es el hombre de actualidad. El rey de su pueblo lo ha separado del Gobierno porque Venizelos quería lo mismo que quiere el pueblo griego: luchar en favor de los aliados. En favor de los aliados y en favor de los mismos intereses de Grecia. Porque, ahora, en el estrecho de los Dardanelos la escuadra franco-inglesa, ante la seguridad de que los turcos sean separados por completo de Europa, ha de sufrir un hondo trastorno el porvenir comercial de Grecia.

¿Vencerá Venizelos? ¿Vencerá el rey? Seguramete vencerá Venizelos. ¿Por qué? Primero, porque tiene razón. Segundo, porque el pueblo quiere lo que quiere él. Tercero, porque es Venizelos. Es decir, vencerá, primero, porque es Venizelos. Porque, aún teniendo razón, aún contando con el asentimiento espiritual del pueblo, no vencería si no fuera Venizelos. Si no

tuviera el alma de Venizelos; la fuerza de voluntad de Venizelos; la entereza de carácter de Venizelos.

Venizelos es esto: un carácter. Un biógrafo suyo, que a propósito de esta actualidad histórica, relata en «Le Temps» la vida de Venizelos, escribe lo siguiente: «En la cara de Venizelos parece que no hay músculos, ni nervios. Los más fuertes temporales no la descomponen. Toda la movilidad, todo el fuego, lo lleva en el alma.» ¡Todo el fuego en el alma! ¿No recordáis ahora estas caras nuestras, estas caras de nuestros políticos, llenas de visajes, de gestos, de contorsiones? Todo el fuego de estos hombres está en la cara. En la cara está el alma. ¿No recordáis también estos otros hombres con la cara de hielo, con la cara sin músculos; estos hombres en los que ponemos toda nuestra confianza, toda nuestra esperanza? Hombres como Venizelos. Hombres como nuestro Pí y Margall. Llevan el fuego en el alma.

Lombroso estudia la etopeya de los hombres por la movilidad de su rostro. Desconfía de estos hombres que dan a su

cara, en cada momento, una expresión distinta. El cree en los que no alteran las líneas de su rostro, sino en las grandes emociones. Y cita el ejemplo de Demóstenes, que conservaba siempre, en todas las transiciones de su discurso, el mismo rostro inalterable. «¿Cuando sube el fuego a la cara—dice—no es que desaparece el fuego del alma?»

Venizelos, el político de rostro sereno, de espíritu ingénito y encendido, de voluntad de hierro, apartado de su rey y unido a su pueblo, salvará a su pueblo. Y salvado su pueblo, quizá sea Venizelos más fuerte que el rey, por la inteligencia y por la autoridad moral, quien repare entonces al rey.

## EL VALOR DE ESPAÑA

Entre todos sus daños, la guerra europea muestra alguna virtud. ¿Cuál es? La guerra europea, removiendo, inquietando, movilizándolo, vivificando, muchas instituciones que permanecían quietas, dispuestas a la acción ha tenido la virtud de descubrir el valor efectivo, dinámico, vivo, de estas instituciones. La eficacia moral de la cultura alemana, era un hecho indiscutible: la guerra ha demostrado la falsedad de este criterio. La indisciplina, la anarquía, de la sociedad francesa, era un tópico admitido por las derechas y por una buena parte de las izquierdas: la guerra ha evidenciado el error con que juzgaban las unas y las otras. El poder de los grandes acorazados era un punto en que convergían todos los criterios de Gobierno: la guerra ha puesto en claro la ofuscación en que vivían los estadistas y los pueblos. ¿Qué más? La guerra ha tenido la virtud de descubrirnos—entre esta lu-

cha sangrienta, entre estos episodios trágicos—el deseo en los combatientes y en los neutrales del triunfo de un pueblo, de un ejército, no por lo que son materialmente como pueblo y como ejército, sino por lo que significan, simbólicamente, como idea, como valor moral.

España, oculta, arrinconada, medrosa, ha abierto también su alma. Su neutralidad es ya un desabrimiento. ¿Por qué permanece neutral? ¿Por desinterés! No. Necesita de Europa para enviar a ella sus primeras materias; para recibir de ella sus manufacturas, sus libros, su dinero. Gran parte del capital español está en los Bancos extranjeros; una parte considerable del capital extranjero se emplea en la explotación de nuestra riqueza, de nuestra industria, de nuestro comercio. Los obreros españoles que no encuentran pan ni trabajo en su patria, hallan, bajo el cielo de Europa, fuera de España, este pan y este trabajo que España les regatea o les niega. No es, pues, el desinterés la razón que mueve a España a permanecer neutral. La suerte económica de España está ligada fuertemente a la suerte económica

de Europa. ¿Será por apartamiento espiritual, por incomprensión de los motivos morales que se justifican en esta guerra, por incomunicación cordial con los pueblos, con los ejércitos que luchan? No. Ningún otro acontecimiento ha sido seguido por los españoles con más interés que el que representa esta lucha europea; ningún otro acontecimiento ha despertado más disputas, ha levantado más debates, ha encendido más los ánimos, ha significado más los afectos, ha manifestado más las tendencias, ha descubierto más las corrientes del sentimiento español y de la cultura española. Desde el primer día de la guerra, unos españoles, sin ocultar, ni velar su opinión, se declararon, con toda la responsabilidad de su declaración, en favor de Francia y las naciones aliadas; otros españoles, con la misma decisión, se pusieron al lado de Alemania y Austria. Si España, pues, económicamente y espiritualmente, vive unida a Europa; si España, por deber y por necesidad, ha de seguir la suerte de Europa; si España se interesa por el presente y el porvenir de Europa—y el interesarse es una virtud—



¿por qué permanece oculta, medrosa, arrinconada? Permanece oculta, medrosa y arrinconada por impotencia, por debilidad; porque no tiene Ejército, ni Marina, ni material de guerra; porque no puede defender sus costas, porque no cuenta con un general con cráneo dispuesto para alojar en él más de media docena de soldados.

Esta realidad dolorosa, vergonzosa, humillante, no ha sido ofrecida por plumas o por palabras dispuestas contra el Régimen. No. Ha sido ofrecida por hombres de todas las tendencias políticas; por los mismos hombres de Gobierno. El actual ministro de la Guerra, al disponerse a organizar con nuevas bases el Ejército, reconoce esta desorganización; el actual ministro de la Guerra, al someterse a la fiscalización civil en los gastos de su departamento, acepta esta declaración de insuficiencia que se atribuye a las instituciones militares españolas; la acción de nuestras tropas en Marruecos, juzgada, ya no por el general francés Le Dargy, sino por parlamentarios españoles, militares como el Sr. Amado, carlistas como el

señor Llorens, dinásticos como el señor Ortega y Gasset, monárquicos bien significados como el conde de Romanones, confirman la incapacidad del generalato español, el más copioso, el más costoso, el más nutrido de Europa. La eficacia, la efectividad de nuestra Marina, se pone en claro estos días con la discusión en el Parlamento de los presupuestos del Estado. Están desartilladas nuestras costas; los barcos construídos no responden a las exigencias de una guerra; el material es insuficiente, caro y malo; el personal, por carecer de las prácticas necesarias, es incompetente. ¿Exagerados estos juicios? El señor Maciá, que es quien los expone a la Cámara, los documenta con cifras, con estadísticas, con fechas, con declaraciones redactadas por técnicos. Los individuos del Gobierno, que han de rebatirle, se limitan a decir que el patriotismo debiera imponer cierta continencia a los críticos; que el patriotismo debiera cubrir con siete velos estas lacras, estos vicios de nuestra pobre patria.

¿Precisaba que en el Parlamento un diputado se levantase a demostrar el estado

de nuestra Marina; que otros diputados se alzarán para puntualizar, para señalar la situación del Ejército? No precisaba. Por intuición sabían tal estado doloroso todos los españoles; por instinto, lo sentían. Así, cuando estalló la guerra europea, cuando en el centro de Europa unos pueblos se lanzaron contra otros, nosotros, inconscientes, llevando los ojos a Marruecos, descubriendo la realidad española por nuestra propia situación personal, nos sentimos pequeños, indefensos, incapaces... Elevaron unos españoles el pensamiento hacia aquellos hombres que representaban el imperio, la fuerza; elevamos otros el alma, poniéndola junto a aquéllos otros hombres que luchaban por su independencia, por la libertad, por la Libertad, idea suya y nuestra... El espíritu de los españoles estaba en la guerra; pero el cuerpo de los españoles estaba aquí, en el silencio, en la indiferencia de la neutralidad. Porque ¿cómo salir de ella? ¿con qué fuerzas salir de ella? ¿con qué armas salir de ella? ¿con qué generales salir de ella, ponerlos al frente de nuestro Ejército y disponerse a seguir, europeos, la suerte de

Europa? La obra de estos parlamentarios ha servido únicamente para argumentar con números, con estadísticas, las angustias españolas; para dar a la intuición de los españoles un valor científico. Lo que estos diputados han dicho lo sabían ellos solos; pero, sin saberlo, lo sentían todos los españoles; lo sintieron intensamente cuando, de momento, sobrevino la guerra.

No tenemos Ejército, no tenemos Marina; no están defendidas nuestras costas. ¿Es que España no ha dado para estas atenciones la cantidad necesaria? La intervención civil acordada para fiscalizar los gastos del ministerio de la Guerra, demuestra cuán excesivos, cuán superiores eran y son éstos a la potencia contributiva del país. Proporcionalmente, España tiene el presupuesto de Guerra más subido de Europa. Los gastos de Marina, que en 1850 eran de 15 millones, en el período de 1850 a 1880 se elevan a 20 millones; en el de 1880 a 1900 se elevan a 25 millones; de 1900 a 1907 se elevan a 30 millones; de 1907 a 1914 se elevan a 35 millones, y ahora, en 1915, se presuponen, sin contar los créditos para nuevas construcciones na-

vales, 40 millones. ¿Es que España ha puesto más atención y más capital en sus obligaciones civiles? No. Sólo se riega una parte insignificante del terreno que se cultiva; millares de pueblos están incomunicados; no hay escuelas; los maestros cobran aún 500 pesetas; el año último emigraron, por falta de trabajo, más de 300 mil españoles. ¿Es que los presupuestos del Estado son reducidos? Los Presupuestos superiores a nuestras fuerzas, son cada día más altos. ¿Es que el contribuyente no sufraga sus impuestos? Religiosamente. Tanto que es frecuente el caso de obtener ingresos superiores a los calculados. ¿Cómo ha podido, pues, llegar España a esta situación? Millones y millones de pesetas ha pagado el contribuyente español para escuelas y hoy no tiene escuelas; millones y millones de pesetas ha pagado para gastos de Guerra y de Marina y hoy no tiene Ejército ni tiene aseguradas las costas de su patria. ¿Dónde ha ido a parar, entonces, todo ese dinero arrancado al trabajo, a la miseria, al esfuerzo de los españoles? ¿En qué obras se ha empleado? ¿En qué manos se ha perdido?

## LA HORA DE GRECIA

El nuevo ascenso de Venizelos al Poder no ha despertado en la opinión el interés que despertó su caída. No ha levantado las tormentas que levantó su apartamiento del Poder. No ha creado las inquietudes, las polémicas, las discusiones que creó su separación del Gobierno. Las gentes que se alarmaron al ver a Venizelos destruido por el rey, han presenciado esta reposición de ahora con manifiesta frialdad. ¿Por qué?

Grecia tuvo su hora en esta guerra. Fué la hora en que cayó Venizelos. ¿No lo recordáis? Inglaterra había dispuesto cruzar los Dardanelos para llegar a Rusia. El paso de los Dardanelos tenía por objeto llevar municiones a los rusos y traer rusos a las trincheras francesas; llevar municiones allí donde sobraban hombres y faltaban municiones, y traer hombres aquí donde faltaban hombres y sobraban municiones. El paso de los Darda-